

Nisha Scail

AL DEMONIO  
CON MI JEFE



*Al demonio con mi jefe*

*Kelly Dreams*

*(2018)*



Noviembre 2018  
Diseño Portada: Kelly Dreams  
Maquetación: Kelly Dreams

## **ARGUMENTO**

**Cassandra Andrews** había hecho alguna que otra estupidez a lo largo de su vida, pero nada podía compararse con la de aquella noche de Halloween. Si alguien le hubiese advertido que del círculo de invocación que había pintado en el suelo de su piso saldría algo más que humo, se habría pensado dos veces el jugar con fuego, sobre todo porque lo que en realidad salió fue un hombre; un demonio, el cual resultó ser su mismísimo Jefe.

## **Nota**

Para mis **Facebookeras**: *Gracias por acompañarme en la creación de esta novela corta, por hacerme pasar ratos de lo más divertidos con vuestros comentarios durante la publicación de cada capítulo. Está claro que a vosotras os ponen un Demonio delante y conquistáis el mundo jajaja Espero que disfrutéis de esta nueva historia*

*Kelly Dreams*

## CAPÍTULO 1

Ahora entiendo por qué nunca aprobé las clases de dibujo.

El círculo que había dibujado en el suelo de madera de su salón tenía un aspecto un tanto ovalado, por no hablar de lo temblorosas que parecían cada una de las líneas. ¿Y la estrella de cinco puntas?

Se había limitado a garabatear dos triángulos invertidos, si tan solo los lados no pareciesen una carretera llena de curvas.

Se llevó las manos a las caderas y contempló su peculiar obra, comparado con el esquema que venía en el libro que había adquirido esa misma mañana en el mercadillo, no tenía tan mal aspecto.

Entrecerró los ojos y se acuclilló sobre las páginas abiertas, había tenido que improvisar y mantener el libro abierto con un cenicero y su bolsa de caramelos artesanos, de la cual ya faltaban algunos.

Vale... ahora tendría que dibujar estos simbolitos, colocar esas piedras de colores y encender las velas aromáticas. —Hizo un resumen de su previa lectura—. No parece tan complicado.

Procedió sin dilación a garabatear los elementos geométricos con mayor o menor acierto, se manchó los dedos con la tiza blanca que había comprado y rogó que aquello saliese después con tan solo un poco de agua tibia y jabón. Una no podía permitirse hacer un *Picasso* en el salón de su piso de alquiler a menos que este pudiese borrarse después y dejar la madera cómo si nunca hubiese existido tal afrenta.

Por otro lado, con lo roñas que era el casero, la idea de dejarle de recuerdo ese dibujo tampoco la desalentaba.

Se inclinó y estornudó, el polvillo de la tiza le picaba en la nariz, se apartó el pelo que se había soltado de su coleta y dejó un rastro blanco sobre la lisa melena morena. Sí, después de esto tendría que meterse de cabeza en la

ducha.

—Y aquí estoy yo, un miércoles por la noche, en casa, garabateando el suelo de mi piso mientras el resto de los mortales se viste para pasar una divertida noche asustando al personal, poniéndose hasta arriba de caramelos o de alcohol —suspiró—. Sí, sin duda sé cómo divertirme la noche de Halloween.

Con un bufido, extrajo un nuevo caramelo de la bolsa, se ayudó con los dientes para liberarlo del papel y se lo metió en la boca con un gemido de placer.

—Truco o trato —canturreó mientras copiaba otro de los símbolos del libro—. Desde luego, esta mañana no era así cómo tenía pensado pasar la noche.

No, esa mañana había estado pensando en ponerse ese cutre disfraz de bruja que se había comprado en una tienda de saldos e ir a la fiesta de la empresa. Le había ilusionado la oportunidad de salir, pensaba dejar a un lado su vergüenza natural y socializar con sus compañeros de trabajo, ya había pensado en cómo se maquillaría, en qué calzado llevaría cuando escuchó la típica conversación femenina en los baños de la quinta planta.

—¿Creéis que la chica de dirección asistirá a la fiesta?

No, Cassandra Andrews no era lo bastante significativa para que siquiera recordasen su nombre, para la mayoría de los mortales no era otra cosa que la sosa y tímida, aunque eficiente, secretaria de dirección. Trabajaba para un jefe educado y que ni se molestaba en mirarla dos veces, que le agradecía con educación su trabajo antes de salir a tomarse unas copas con algún bombón colgado del brazo.

—¿Y de qué se disfrazaría? ¿De persona normal?

—Parece un fantasma, os lo juro, a veces me parece que tenemos un espíritu del otro mundo llevando las cosas del Jefe.

—Solo alguien de otro mundo sería capaz de soportar tantas horas a su lado, os lo juro, cada vez que me mira me da la sensación de que se me congelarán las venas antes o después.

Un coro de risas secundó a la mujer, intercambiaron un par de chascarrillos más antes de que Cassie volviese a escuchar lo que había hecho que renunciase a acudir a esa fiesta.

—¿Y qué hay de real en el cotilleo que llevo escuchando toda la mañana?  
—preguntó una de ellas—. Lo habéis oído, ¿no?

—Sí y no pienso participar —declaró alguien con un resoplido—.

¿Qué necesidad hay de montar tal numerito? El Jefe se cabreará de lo lindo si le pasa algo a esa... *chica*... que atiende sus asuntos.

—Fantasma, Charlotte —se rió una de sus compañeras—. Ya empiezan a llamarla “*Ghostly*”.

—Pero, ¿de qué estáis hablando?

—Corren rumores de que alguno de los idiotas de la planta de dirección quiere montar una escenita con la secretaria del Jefe, estaban hablando de intentar emborracharla para ver si se suelta la melena.

Sí, una conversación de lo más interesante que dio como resultado un bajón anímico y una panzada de llorar que la tuvo en los baños algo más de media hora. Estaba acostumbrada a ser ignorada, a que no reparasen en ella, pero, ¿utilizarla como blanco de bromas?

Eso era demasiado cruel y sumamente infantil.

—Imbéciles —masculló y apretó con más fuerza la tiza contra el suelo, descargando su frustración en cada trazo—. Buscaos otro blanco para vuestras infantiles bromas, porque yo no estoy disponible... ¡Auch!

Se llevó el dedo a la boca de inmediato cuando el dolor se lo atravesó como un dardo, lo apartó para poder verlo y se encontró con una sangrante línea. Sus ojos bajaron al lugar en el que estaba pintando y agudizó la mirada, una pequeña astilla sobresalía de la madera, la misma que la había arañado.

—Joder, justo lo que me faltaba.

Frunció el ceño, lanzó la tiza sobre el absurdo dibujo y se dejó caer en el suelo de piernas cruzadas, chupándose todavía el dedo.

—¿Por qué demonios estoy haciendo esto?

Miró el libro y golpeó el cenicero y la bolsa de caramelos, entonces cerró el gastado y viejo tomo. Había comprado el ejemplar por pura impulsividad después de salir del trabajo. Le gustaba pasear por el mercadillo en busca de algún libro descatalogado, a menudo encontraba gangas y, por extraño que pareciese, el pasear por allí también le procuraba cierta tranquilidad. Podía pasarse horas buceando entre las páginas amarillentas de los puestos, buscando entre las novelas de romántica que tanto le gustaban, interesándose



por los clásicos, de hecho, estaba mirando unos ejemplares bastante bonitos cuando dio con ese libro.

—¿Has encontrado algo interesante?

La voz de la librera la hizo levantar la cabeza, la mujer tenía ya algunas arrugas alrededor de los ojos, sonreía con ese gesto de alguien que sabe más de lo que se ve a simple vista y señaló el libro con un golpe de la barbilla.

—Ese no es un ejemplar fácil de encontrar.

La curiosidad la llevó a mirar la cubierta con mayor atención, leyó el título y frunció el ceño. Era un libro de esoterismo, de hechizos, según rezaba el subtítulo del mismo.

— *Hechizos para andar por casa* —leyó en voz alta—. *Todo lo que necesitas, lo sepas ya o no, está en estas páginas.*

Lo ojeó rápidamente, sin estar muy segura de qué podía encontrar de interés en sus páginas cuando el círculo que acababa de dibujar en el suelo de su salón apareció ante ella.

—Ritual de Halloween.

Ni siquiera estaba segura de cómo había terminado con el libro en una bolsa o sentada horas después en el suelo, garabateando aquello, pero ahí estaba.

Por supuesto, ese repentino interés por destrozar el suelo no había venido inmediatamente, aunque era posible que el discurso con el que la había interceptado el casero durante los dos primeros tramos de escaleras tuviese algo que ver. Ni el baño que se había dado en la reducida bañera, ni la copa de vino blanco con la que se había indultado o los deliciosos caramelos habían aplacado por completo la sensación de completo desastre que había resultado ser ese día. En su cabeza seguía dando vueltas la conversación que había escuchado en los baños y la desazón que esto le había provocado.

—Idiotas —rezongó y clavó una vez más la mirada en las líneas de tiza que parecían bailar ante ella—, todos son unos completos idiotas.

Era la primera vez que hacía un ritual de ningún tipo. Tras ojear el libro y encontrarse de nuevo con ese símbolo —el más sencillo de todos los que había en el libro—, había recorrido los escasos metros cuadrados de su vivienda en busca de las velas que guardaba para los apagones y aquellas que había comprado para aromatizar el baño.

Las piedras... bueno, las que ponía en el libro no las tenía, de hecho, no sabía ni qué aspecto tenían en realidad, así que había tirado de lo que había a mano; una figura de esas de piedra natural que le habían regalado unas navidades —fea como ella sola—, y algunos cristales de colores que habían venido como decoración en una maceta.

Sí, aquello no era sino otra estupidez más, pensó chupándose el dedo. El corte ya no sangraba pero le dolía, era un molesto recordatorio de que tendría que tener cuidado después cuando pasase el paño para eliminar todo eso.

—¿Pero qué estoy haciendo?

Sacudió la cabeza ante lo absurdo de aquello, le echó un último vistazo al libro que había terminado boca abajo al otro lado del salón y se revolvió en el suelo dispuesta a levantarse.

—Esto es una estupidez, una que ahora me va a tocar limpiar.

Miró todo lo que había preparado cuidadosamente, las velas en vasos de agua, los cristales divididos alrededor del círculo y la tiza que había dejado abandonada al lastimarse. Se estiró para empezar a recoger todo aquello, pero en el momento en que su palma se posó en el interior del círculo, algo extraño ocurrió.

Las velas empezaron a prenderse una a una por sí solas, dos de los cristales empezaron a brillar con luz propia y, por más que intentó echarse hacia atrás, se vio totalmente incapaz de moverse.

—Pero, ¿qué...?

Fue incapaz de levantar su palma, era como si se hubiese pegado al suelo con algo, tiró frenéticamente, pero fue incapaz de levantar un solo dedo.

«*Haciendo eso solo vas a conseguir hacerte daño, Cassandra*».

Una gruesa y masculina voz resonó en su mente un segundo antes de que lo hiciese nuevamente en el reducido espacio de la habitación.

«*Termina lo que has empezado y cierra el círculo*».

Levantó la cabeza en busca del propietario de aquella voz, una que había escuchado con anterioridad, de hecho, que escuchaba cada día desde hacía algo más de seis meses; los que llevaba trabajando en la empresa.

—¿Cerrar el círculo?

Nada más pronunció esas palabras el pegamento invisible que mantenía su mano prisionera contra el suelo dejó de surtir efecto y cayó hacia atrás,

medio despatarrada en el suelo, jadeando y con la mirada puesta en el hombre vestido de traje y corbata que la miraba con una perezosa sonrisa.

—Con todas las mujeres existentes en el mundo que podían realizar una convocación en la noche de Halloween, va y la hace mi secretaria.

Cassie parpadeó como un búho, incapaz de comprender qué hacía su jefe en el salón de su casa.

—¿Señor Fidis?

El aludido se limitó a estirar los labios en una peculiar sonrisa antes de tirar ligeramente de la tela de sus pantalones y acuclillarse sobre ella.

—Dadas las circunstancias, puedes llamarme Axel, Cassandra, después de todo, acabas de convocarme.

Ella no pudo decir ni una sola palabra, ni siquiera moverse, cuando esos ojos marrones mudaron a un oscuro rojo que la dejó sin aliento... durante los dos segundos que le llevó reunir el aire suficiente para ponerse a gritar como una loca.

¡Mierda! Acababa de hacer un maldito hechizo y, ¿el resultado era él?

¡Al demonio con su jefe!

## CAPÍTULO 2

Estaba acostumbrado a la estupidez humana, a las tontas mujeres — y en ocasiones hombres—, que pensaban que convocar a un demonio podía solucionarles la vida. Aunque tenía que admitir que esta era la primera vez que alguien se tomaba la molestia de recrear un círculo de invocación, uno que parecía hecho por un niño de primaria y cuyos elementos pobres e inconexos no eran sino una mofa a la hechicería.

Desde luego, era un verdadero milagro que aquello hubiese funcionado, probablemente por accidente, solo un puñado de practicantes, la mayoría de magia negra, sabían que era necesaria la sangre del invocante para activar el círculo. Y, por encima de todas las cosas, Axel estaba seguro, pero que muy seguro, de que su secretaria no estaba al tanto de eso, de hecho, podría jurar que Cassandra Andrews no había practicado magia en toda su vida.

Los alaridos de la mujer le estaban jodiendo los tímpanos, en los casi seis meses que la conocía, no había dado muestras de tener tal nivel de decibelios en la voz. La mujer que trabajaba para él, que pasaba gran parte del día sentada tras una pequeña mesa, con aspecto impoluto y voz sosegada, se distanciaba años luz de la banshee medio desnuda, con el pelo suelto y desgredado que se arrastraba sobre el culo llevándose consigo parte del diseño del círculo.

Bueno, ¿aquello no era simplemente perfecto?

—Silencio, por favor.

Tan pronto esas palabras hubieron abandonado sus labios, la mujer cayó en un inmediato mutismo. Sus ojos claros se abrieron desmesuradamente y se llevó la mano a la garganta, el terror bailó en esos humanos iris y le provocó una punzada de pena.

Un demonio sintiendo pena por una humana, aquello era para hacérselo

mirar, especialmente dada la noche en la que estaban. Hizo un gesto de la mano, rompiendo su previa orden y añadió, solo por si acaso.

—No es necesario que grites de esa manera, Cassandra, mis oídos te agradecerán que mantengas el mismo nivel de voz que siempre. —El cual era uno pausado, el cual en ocasiones tenía problemas para escuchar... o los habría tenido si fuese humano.

—Tú... tú-tú... tú-tú-tú... tú...

—Yo. Sí, eso nos ha quedado claro —replicó con ironía, cortando ese estúpido tartamudeo.

Sacudió la cabeza con una energía que le sorprendió que no terminase descoyuntada, entonces se apartó el pelo de la cara y lo señaló con un dedo tembloroso.

—¿Qué hace en mi casa?

Una pregunta bastante lógica a la par que absurda, si tenían en cuenta el lugar en el que ambos estaban, con las velas —unas apagadas y otras encendidas—, esparcidas a su alrededor y esos cristalitos de colores, mayormente inofensivos, desperdigados por el suelo de madera. El símbolo se había borrado allí por dónde ella se había arrastrado y, no muy lejos de su mano derecha, recibiendo el brillo titilante de una pequeña vela estaba el motivo de que tal conjura hubiese dado resultado; una tosca figura de piedra natural, la suya.

—Con seguridad no he venido de visita —replicó volviendo a posar los ojos sobre ella—, si estoy aquí es porque acabas de realizar una invocación y, todavía no sé cómo, ha dado resultado.

—Pero, pero, pero... ¡Usted es mi jefe!

Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón, ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—De 8 de la mañana a 4 de la tarde, de lunes a viernes y dentro de las dependencias de mi empresa —resumió haciendo un rápido cálculo—. Dado que no estamos en horario laboral, ni en la empresa y que has realizado un invocamiento que no sé ni cómo te ha salido bien, las cosas cambian... y no tienes idea de cuánto en realidad.

Le dio la espalda y echó un vistazo alrededor de lo que a todas luces era el salón de un pequeño piso, se apartó un par de pasos del círculo roto y

recogió un pequeño y gastado volumen de esoterismo que lo hizo fruncir el ceño.

— *Hechizos para andar por casa* —leyó en voz alta—. *Todo lo que necesitas, lo sepas ya o no, está en estas páginas.* — Levantó el librito y lo agitó al tiempo que se giraba hacia ella—. ¿De dónde has sacado esto?

—Del mercadillo.

—¿Del mercadillo?

Ella asintió.

—¿Es una broma?

Sacudió la cabeza con demasiada efusividad, obviamente tenía miedo de él.

—Me costó tres dólares, era una ganga.

Su respuesta, temblorosa, iba teñida por el convencimiento y la verdad.

—¿Siempre haces cosas tan estúpidas o es cosa de los efluvios que pululan esta noche por el éter?

—¿Disculpe?

Puso los ojos en blanco ante su tono educado, miró el libro y, con un chasqueo de los dedos y le prendió fuego allí mismo. Ese ejemplar no debía estar a disponibilidad de los humanos y mucho menos en un jodido mercadillo.

—¡Ay dios mío!

En un abrir y cerrar de ojos, la menuda y curvilínea mujer se levantó del suelo y cruzó el espacio que los separaba con las manos en alto, dispuesta a rescatar el libro de las llamas que lo estaban devorando.

—¿Nunca te han enseñado que no se deben meter las manos en el fuego? —La rodeó con un brazo por la cintura, tirando de ella hacia atrás, impidiéndole tocar las llamas sobrenaturales que la habrían abrasado a ella también.

—¡Mi libro! ¿Cómo has podido? —lo increpó, girándose hacia él, soltándole tal guantazo que los dejó a ambos mirándose entre incrédulos y divertidos—. ¡Ay dios mío!

Axel se llevó la mano a la mejilla y se la frotó, la gatita tenía una forma única de salirse de su piel.

—Acabo de pegarle a mi jefe.

La sorpresa en su voz lo llevó a sonreír, la chica estaba realmente horrorizada por su repentina y voluntaria acción.

—Y yo pensando que eras casi como un ratoncillo de biblioteca, me has tenido engañado durante todo este tiempo, Cassandra.

Ella dio un paso atrás, olvidándose del libro, sus ojos fijos en él.

—Esto no está pasando, ¿verdad? Me he quedado dormida en el sofá y estoy teniendo la pesadilla más bizarra de toda mi vida.

Puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Sí, está pasando y no, no te has quedado dormida en el sofá — le soltó sin andarse por las ramas—. Todavía no me explico cómo, pero has creado un círculo de invocación bastante penoso, todo hay que decirlo, por alguna extraña conjunción los elementos que has utilizado para darle poder han funcionado y me has convocado.

Un resumen bastante adecuado, pensó, por supuesto, a un lado quedaba el hecho de que lo había arrancado de la fiesta de la empresa que él mismo había mandado organizar, una en la que se estaba aburriendo como una ostra hasta que sintió ese conocido cosquilleo y el tirón que no podía eludir. Halloween siempre traía consigo esa clase de sorpresas para los de su clase, era una de esas noches en las que los elementos y las energías se alineaban de tal manera que hasta un idiota era capaz de conseguir invocar a un demonio u otro ente sobrenatural.

Por supuesto, el problema venía con la finalidad de esa invocación y el pago que se exigía al convocante, uno que nunca estaban dispuestos a pagar, uno por el que no se habían preocupado en un principio. Típico, ¿por qué alguien iba a molestarse en leer la letra pequeña?

Posó de nuevo la mirada sobre la mujer que no dejaba de retorcerse las manos, murmurando algo así como “*estoy despedida*”, “*es el final*”, “*ahora cómo pagaré el alquiler*”, “*quiero morirme*”. Sí, Cassandra era bastante trágica, un homenaje a su propio nombre, pensó con palpable ironía, pero también era su convocante y, por principios, no le quedaba más remedio que atender al motivo de su invocación.

—Un momento, ¿por qué me has convocado?

La incredulidad se reflejó en su propia voz, por primera vez en los pocos minutos que llevaba frente a esa mujer, se dio cuenta de que no tenía la

menor idea de cuál era el motivo por el que estaba allí.

Ambos se miraron y pudo ver su misma sorpresa y desazón en ella, en el reflejo de sus ojos.

—Um... No... no había llegado todavía a esa parte del libro.

—¿Qué no habías llegado todavía a esa parte?

Señaló el puñado de cenizas que ahora descansaba sobre el suelo de madera con tono acusador.

—Y ahora nunca podré hacerlo, muchas gracias.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No.

—Sí, lo estás haciendo —aseguró dando un paso hacia ella, solo para que la chica retrocediese al mismo tiempo—. Y te aseguro que no es una buena manera de empezar esta relación simbiótica.

—No estoy interesada en ninguna clase de relación con usted, señor Fidis.

—Axel, Cassandra, deja lo de señor Fidis para el trabajo.

Se detuvo, su rostro adquirió un gesto de esperanza que lo confundió.

—Entonces, ¿no va a despedirme?

—¿Por qué habría de hacer tal cosa? —replicó con un resoplido—.

Eres la mejor secretaria que he tenido en este último año.

—Oh, vaya, gracias.

Se miraron el uno al otro y él no pudo hacer otra cosa que echarse a reír.

—De acuerdo, esto va más allá de lo absurdo, así que, vayamos al grano.

Un gesto de su mano y ambos estaban sentados en el sofá, uno frente al otro, Axel desplegó un viejo pergamino que solía aparecer siempre que tenía un nuevo «caso» y leyó por encima el contenido, arrugando la nariz y frunciendo cada vez más el ceño.

—Mierda. Me has dicho la verdad. —Bajó el papel enrollado lo suficiente para mirarla a la cara. Cassandra estaba paralizada, tesa, mirando de un lado a otro incapaz de comprender cómo había pasado de estar de pie en un lado del salón a estar ahora sentada en el sofá.

Si no iba con cuidado esa muñequita iba a freírse el cerebro.

Chasqueó los dedos delante de su rostro, atrayendo su atención—.

¿Cómo puedes invocar a un demonio sin saber previamente el motivo por el que quieres invocarlo?



Parpadeó como un búho, sus ojos cayeron sobre sus labios cómo si tuviese dificultades para comprender cada una de sus palabras.

—Yo no... no sabía que estaba... invocando a un demonio... — murmuró, como si no estuviese segura de qué estaba diciendo—. En el libro no podía nada de un demonio, se suponía que era un hechizo para atraer la buena suerte, para arreglar las cosas que iban mal y eso... ¿no?

—No, desde luego que no. —Dejó el pergamino a un lado, se cruzó de piernas y la contempló durante unas décimas de segundo—.

El círculo de invocación que dibujaste en el suelo es para hacer una invocación, para llamar a alguien con el que sellar un pacto... uno que hará realidad aquello que más deseas.

—Eso no lo ponía en el libro.

—Oh sí, sí lo ponía.

—De eso nada.

—Te estoy diciendo que sí.

—Y yo que no —replicó cruzándose de brazos con un mohín—. Yahora tampoco es que podamos comprobarlo porque has calcinado el librito de marras, muchas gracias.

—Dios, te prefiero como secretaria a convocante, eres más silenciosa.

—Yo no lo convoqué a usted, *Jefe*.

Respiró profundamente, empezaba a sentir una palpitación en el lado derecho de la cabeza que no había tenido en toda su extensa vida.

—Halloween tenía que ser —resopló y juró por lo bajo—.

Centrémonos durante unos instantes, ¿de acuerdo? Tú me has convocado, estoy aquí, has cerrado el círculo con el culo y...

—¡No he hecho tal cosa!

—Te apuesto lo que quieras a que tienes las nalgas y las bragas manchadas de tiza.

Su respuesta fue enrojecer hasta la punta del pelo y tirar de la manta que había sobre el respaldo del asiento para cubrirse. Cómo si eso fuese a hacer algo para evitar que recordase esas curvas, la redondez de sus senos adivinándose contra la tela o la manera en que su culo asomaba por debajo de la amplia camiseta que utilizaba para dormir. Incluso los gruesos calcetines negros con calabazas naranjas que tenía puestos eran imposibles de olvidar.

—...Y tu sangre lo ha certificado.

—¡Ajá! Ahí se equivoca, no hay sangre en este ritual.

Enarcó una ceja y, sin pedir permiso le cogió la mano derecha, le atrapó el índice y apretó hasta que de la diminuta herida brotó una gotita de sangre.

—Sí, la hubo —confirmó al tiempo que se llevaba su dedo a la boca y le lamía la herida con la lengua, probando su sangre y, comprobando así que ella era la única que había activado el círculo—.

Y era tuya.

—Eso no es nada higiénico, que lo sepa.

Sonrió de soslayo, le giró la mano y depositó un beso en el dorso de la muñeca un segundo antes de que ella la retirase cómo si le hubiese quemado.

—Bien, llegados a este punto, solo nos queda una cosa por resolver —concluyó extendiendo el brazo sobre el respaldo del sofá, adoptando una postura cómoda y desenfadada—. ¿Para qué me has convocado, mi eficiente secretaria?

—Yo no le he convocado, ni siquiera pensé remotamente en usted cuando hice ese garabato en el suelo.

—Coincido con lo de garabato —asintió echando un vistazo al desdibujado círculo—. El dibujo lineal no es lo tuyo, según parece.

—Mire, por qué no olvidamos todo esto y...

Ladeó la cabeza, clavó su mirada en la de ella, dejó que sus ojos adquiriesen de nuevo su verdadera esencia e hizo presente el alcance de su poder al hablar.

—¿Por qué me convocaste, Cassandra?

La chica pareció contenerse durante unos breves segundos, entonces, tal y cómo esperaba, la verdad surgió por sí sola de sus labios.

—Porque tenía ilusión por ir a la fiesta de la empresa, de socializar con la gente, quizá incluso verte a ti, ya que eres el único que al menos me dirige dos palabras amables en ese lugar —dijo sin ambages, hablando con la verdad, diciendo aquello que la había llevado a actuar—. Fue por pura casualidad, un grupo de empleadas hablando de mí en los baños, por supuesto, no tenían idea de que yo estaba presente. Me consideran un «fantasma», un bicho raro y mencionaron algo sobre unos rumores, algo que al parecer tenían planeado los empleados de la planta de dirección para mí;

para ponerme en evidencia.

Hizo un alto, bajó la mirada a sus manos, las cuales no dejaba de retorcer ahora sobre el regazo y continuó.

—Tenía pensado comprar algún libro nuevo y pasarme la noche leyendo, pero entonces vi ese tomo, fue como si me llamase y pensé que podría hacer algo distinto —resopló y sacudió la cabeza, expresándose ahora con las manos—. Ni siquiera creo en estas cosas, pero mi casero me cabreó, fue entrar por la puerta y escuchar su perorata de siempre, tiene fijación conmigo, estoy convencida de ello.

Solo quería hacer algo distinto, probar algo distinto, quería ver si podía encontrar ese empujoncito que me falta para ponerme el estúpido disfraz que me compré, plantarme en esa fiesta y demostrarles a todos que no soy ningún fantasma y que nadie me puede manipular.

Se enderezó, alzó la barbilla y lo apuntó con un dedo.

—Soy Secretaria de Dirección, me gusta mi trabajo y lo hago lo mejor que puedo —continuó con pasión—. Deberías ser consciente de ello, deberías fijarte en mí y mirarme a los ojos cuando me dices «*gracias, señorita Andrews*» en vez de mirar los papeles que llevas o el móvil. Quiero... quiero que me veas, aunque solo sea una sola vez...

¡Estoy harta de ser invisible para todo el mundo!

Su última frase la pronunció jadeando, había luchado contra su propio poder, contra la compulsión que la obligaba a ser sincera y decir la verdad. Tenía el rostro rojo por el esfuerzo, la respiración acelerada lo que hacía que la camiseta se tensase sobre sus pechos, desde luego, ahora no podría quejarse por falta de atención de su parte, porque la tenía toda sobre ella.

—¿Te sientes mejor ahora?

Ella parpadeó un par de veces, como si acabase de darse cuenta de todo lo que había soltado por esa boquita. Se llevó las manos a los labios, cubriéndoselos y vio la vergüenza en sus ojos.

—Ay Dios.

Sonrió ante el ahogado jadeo.

—No hay nada más liberador que decir la verdad, querida señorita Andrews —le aseguró manteniendo la distancia, dejando que ella luchase su propia batalla contra la timidez que la dominaba—. Así pues, ¿lista para dejar

de ser invisible?

La cara de horror que puso su secretaria lo llevó a soltar una carcajada. Ese pequeño ratoncillo iba a saber lo que era llamar la atención de su jefe, el que además fuese él, no era sino un *bonus* añadido a todo lo que le esperaba.

Sí, por primera vez en varios siglos, iba a disfrutar y mucho de ser convocado en Halloween.

## CAPÍTULO 3

—¿Puedo suponer que tenías ya alquilado un disfraz para la fiesta?

El hombre que había aparecido en el salón de su casa y le había freído el cerebro en menos de cinco minutos era su jefe. El que dicho elemento poseyese además unos inquietantes ojos que parecían enrojecer según el momento, dotándolos de un fondo sobrenatural y una voz que conseguía arrancarle hasta el último gramo de verdad en su cuerpo, hacía que la palabra «demonio» cobrase mayor sentido.

*Le has visto calcinar el maldito libro delante de tus narices sin ni siquiera unas cerillas, se recordó con un mohín, por no mencionar ese truquito con el que casi le confiesas hasta la talla del sujetador.*

Sí, Cassie tenía todas las papeletas para pedir el ingreso voluntario en un psiquiátrico o morirse allí mismo de un infarto. No estaba segura cuál de las dos opciones sería la más conveniente.

—¿Cassandra?

Dio un respigo al ver su dedo pulgar y corazón chasqueando delante de su rostro, el gesto la sacó al momento de sus pensamientos devolviéndola al presente a la par que le obsequiaba un caliente sonrojo en las mejillas. Tenerle tan cerca la ponía nerviosa, hacía que el corazón le latiese a toda velocidad y, en ese preciso momento no sabía si le corría por miedo o excitación. Axel Fidis siempre había tenido una planta impecable, vestía con una elegancia exquisita, era pura sensualidad y masculinidad embotellada, uno de esos hombres poderosos a los que se admiraba desde la distancia. Siempre lo había visto de esa manera, lo había admirado en silencio, manteniendo sus tontas fantasías para sí misma, pero ahora también le inspiraba miedo, una emoción que era incapaz de racionalizar, como tampoco era capaz de comprender nada de lo que pasaba en esa habitación.

*Tu jefe es un demonio, Cassie, uno de verdad. Al menos, es lo que él dice, ¿y cómo puedes ponerlo en duda después de lo que acabas de presenciar?*

—¿Sigues conmigo, señorita Andrews?

Esa sonrisa que le había curvado los labios hacía apenas unos momentos volvió a aparecer, la manera en que la miraba le provocó un escalofrío, algo que no solía ocurrirle cuando estaban en la oficina.

Quizá era porque en aquel entonces no la miraba con esa intensidad, con ese tinte rojizo en los ojos.

—A duras penas, ¿tiene idea lo perturbadora que resulta su presencia en mi salón? —Se encontró diciendo de carrerilla y sin meditar en sus palabras—. Y no porque sea mi jefe, que sí, eso ya de por sí es... bueno, una desquiciante locura, sino porque me acojono viva cada vez que veo cómo se le oscurecen los ojos, adoptando ese tono rojizo... —Se detuvo, un repentino escalofrío acompañó sus palabras—. Dígame que no hay nada como unos colmillos demasiado desarrollados a juego, por favor.

Su respuesta fue apenas imperceptible, ladeó la cabeza y clavó esos ojos que la hacían temblar sobre ella.

—¿Y si los hubiera? ¿Sería algo tan intolerable?

Sacudió la cabeza, dejó el sofá por iniciativa propia y caminó hacia él. En honor a la verdad, le temblaban las piernas, pero el impulso que la había llevado a acercársele era demasiado fuerte.

—Se burla de mí, ¿no es así? —preguntó con voz queda—. Todo esto en realidad no es más que otra actuación bien orquestada para dejarme en evidencia y alardear después delante de toda la empresa.

Esos ojos se oscurecieron un poco más, adoptando un color rojo muy intenso que le produjo un nuevo escalofrío.

—¿Eso es lo que piensas o es lo que temes?

Se estremeció, su voz parecía haber bajado una octava, haciéndose más fría y distante.

—Es lo que más detesto.

—Eres una mujer extraña, Cassandra Andrews, ves con tus propios ojos aquello que tienes ante ti, conoces cada uno de los riesgos y, sin embargo, no eres capaz de hacerles frente —resumió con una apabullante certeza—. Quieres dejar de ser invisible, pero para ello tienes que poner de tu parte,

tienes que dejar a un lado las dudas y asumir riesgos.

—¿Cómo asistir a la fiesta de la empresa a pesar de todo?

—Como asistir a esa fiesta a pesar de todo —corroboró con un tono más ligero, casi amable—. Entonces, ¿tenemos o no tenemos disfraz para tal evento?

—Tenemos disfraz —aceptó tomando aquel riesgo en sus manos—. De hecho, lleva guardado en mi armario desde hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo exactamente? Si me dices que desde la adolescencia, lo quemo y pasamos a otra cosa.

Puso los ojos en blanco.

—Nada de quemar cosas en mi piso, señor Finis...

—Axel.

—...no quiero que mi casero me eche la culpa de prenderle fuego al edificio.

—No habrías sido tú —le soltó con visible diversión—. Entonces, ¿de qué clase de disfraz estamos hablando exactamente? ¿Alas, aureola y blanco immaculado?

Se llevó las manos a las caderas y pasó su peso de un pie a otro.

—¿Te importaría mucho mirarme a la cara y no a las tetas cuando te diriges a mí?

Los ojos oscuros se levantaron de aquella sección de su anatomía, brillantes de diversión y un toque de perversión.

—Mis disculpas, señorita Andrews, estoy acostumbrado a verla en su coraza de batalla y no... con tantas curvas —replicó con un ronroneo—. Y, he de reconocer, que me gusta el cambio. Prometo fijarme más en ti a partir de ahora.

—Estábamos hablando del disfraz.

—Sí, el de angelito...

—No es de angelito.

—¿De monja?

Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Es de vampiresa.

Sus labios se estiraron perezosamente.

—Vaya, tienes un lado oculto, después de todo.

Apretó los suyos para no responder como quería, estar a su alrededor tenía un efecto que para nada se asemejaba a lo que ocurría en la empresa. En realidad, había muy poco de su *Jefe* en el hombre que estaba ahora ante ella. Sí, podía tener su físico, su apostura, incluso su tono de voz, pero la manera en que la miraba, la forma en la que parecía vigilar sus pasos y esperar sus respuestas contrastaba con el serio y formal respeto con el que la trataba en la oficina. Esta noche habían charlado más que en todo el tiempo que llevaba ejerciendo como su secretaria.

—¿Necesitas ayuda para vestirte?

Sacudió la cabeza con energía y, antes de que pudiese decir algo que no debía, optó por dar media vuelta y cruzar el salón.

—Tienes diez minutos para acicalarte, Cassandra, ni uno más.

La amenaza intrínseca en su voz la estremeció e hizo que corriese el pestillo de la puerta una vez entró en su dormitorio. El corazón le latía a mil, su mente no podía dejar de dar vueltas y más vueltas al hecho que acababa de ocurrir, uno que tenía que haber salido de su imaginación.

—Todo esto es producto de mi imaginación. Mi *jefe* no está en el salón, no es un demonio y yo no lo he convocado —murmuró para sí, respirando a través de cada palabra, intentando convencerse a sí misma. Miró la cama y se preguntó si, echándose un ratito, descubriría al despertar que todo lo que había ocurrido no era otra cosa que un sueño.

Dándole la espalda a la puerta fue hasta el colchón y se dejó caer sentada en una esquina. La ropa con la que solía ir a trabajar estaba sobre la butaca de siempre, el albornoz colgaba de la percha en la lo ponía tras salir de la ducha, todo estaba cómo lo había dejado tras salir de la ducha, justo el momento antes de dirigirse al salón y empezar a pintar ese absurdo diseño del libro.

Sacudió la cabeza y se llevó las manos a las sienes, procedió con un suave masaje mientras luchaba consigo misma y con aquel inestable producto de su imaginación.

—Él no está en mi salón, lo he soñado, ha sido todo producto de un sueño y...

«Ocho minutos, señorita Andrews, el tiempo corre».

El salto que pegó sobre la cama casi la envía de bruces al suelo, se detuvo en seco, resbalando y girando la cabeza de un lado a otro esperando



encontrarle, pero allí no había nadie; la voz había resonado en su cabeza.

—Maldita sea, ¡deja de hacer eso!

Escuchó esa suave y masculina risa que le provocó un nuevo estremecimiento.

*«Te quejaste de que no te prestaba la debida atención, bien, estoy poniendo remedio a eso. Ahora me tienes a tu completa disposición, ¿estás segura que no necesitas ayuda para vestirte?».*

Giró como una peonza hacia la puerta y gritó.

—¡No! ¡Ni la más mínima!

—Siete minutos, Cassandra, *tic-tac, tic-tac*.

Apretó los dientes para no ponerse de nuevo a gritar y se dirigió hacia su armario, de dónde rescató el disfraz del cajón en el que lo había dejado esa misma semana. Un vestido corto rojo hacía de fondo para una túnica tejida en forma de tela de araña que se ceñía a sus brazos, abriéndose en acampanadas mangas y resbalaba por su cuerpo hasta los pies. El corpiño, un breve corsé liso de color negro que se ceñía a su cintura iba atado a un cuello vampiresco, completando así el disfraz. Había sido uno de esos trajes que comprabas por internet, rezando porque la «talla única» con la que solían etiquetarlos encajase con su talla real.

Se lo puso rápidamente, sabiendo que todavía le servía, pues lo había probado días atrás, añadió los complementos de fantasía que había comprado para él y se miró al espejo con la misma inseguridad de siempre.

—Cinco kilos menos y sería perfecto —resopló al tiempo que se atusaba el pelo, sin saber muy bien qué hacer con él. Lo dejó por imposible y se apresuró en añadir un toque de maquillaje a su ya de por sí pálido rostro—. Al menos nadie me llamará fantasma...

—Si alguien lo hace, se comerá sus palabras.

Su voz la sacudió de nuevo, se giró y allí estaba de nuevo, apoyado de espalda en la puerta, con los brazos cruzados y esos oscuros ojos resbalando sobre su cuerpo.

—La puerta...

—Está cerrada, lo sé —desestimó su posible protesta con un gesto de la mano—. No es algo que me moleste especialmente. Me gusta el cambio, es casi tan interesante como verte en bragas y camiseta.

Se quedó sin palabras, nunca había sabido manejar bien los halagos y, mucho menos, los halagos picantes, así que prefirió mantener la boca cerrada.

—¿Nos vamos?

—¿Vas a acompañarme?

—Considéreme su escolta hasta que salga el sol, señorita Andrews —le tendió la mano—. Me encargaré personalmente de que no pase desapercibida... ni a mis ojos ni a los de los demás.

*Demonios*, pensó posando la mano sobre la de él, esperaba poder llegar de una pieza para ver el amanecer.

## CAPÍTULO 4

Lo último en lo que había pensado Axel esa mañana era en asistir a la fiesta de la empresa con una de sus empleadas del brazo, de hecho, su idea había sido ir, dejarse ver durante media hora y largarse. Sus planes estaban más cerca de las voluptuosas curvas de las dispuestas mujeres que se llevaba a la cama que de hacerle de carabina a su secretaria.

¿Y hablando de curvas? ¿Dónde había escondido esa condenada mujer semejante cuerpo? Desde luego, no era el canon de belleza estándar, pero tenía unos ojos bonitos, una cara agradable y unas curvas más que aceptables y se movía de una forma que resultaba hipnótica.

No dejaba de resultarle curioso que esa mujer se hubiese pasado los últimos meses trabajando para él, que fuese quién le tenía la agenda al día, quién resolvía hasta el más mínimo de los desbarajustes con los que a veces se encontraba. Siempre había dado por hecho que la «señorita Andrews» era su secretaria, que era su deber estar al tanto de todas sus necesidades administrativas, esa mujer incluso sabía cómo le gustaba el café, pero nunca se había detenido a mirarla como ahora.

*«Quiero que me veas, aunque solo sea una sola vez».*

Bueno, sin duda ahora la veía, aunque para ello hubiese tenido que recurrir a un círculo de invocación.

*«¡Estoy harta de ser invisible para todo el mundo!».*

No se trataba de una metáfora, ella siempre había estado allí, pero nadie la había visto, ni siquiera él. Por otro lado, ¿cómo hacerlo cuando una de sus reglas principales era no tener relaciones personales con sus empleados? El liarse con una empleada nunca era una buena idea y joder con su secretaria había sido un absoluto tabú.

Levantó la mirada hacia la escalinata que conducía al salón de

recepciones que se había alquilado para aquel evento, ella se había detenido un par de escalones por encima de él, se giró sobre los altos tacones y se mordió el labio con una casi tierna indecisión bailándole en los ojos.

—Quizá debería entrar usted primero —sugirió—. Si entramos juntos la gente puede empezar a murmurar.

Enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Las murmuraciones son el deporte principal en todas las fiestas —aseguró ascendiendo con lentitud, calibrando cada imperceptible movimiento de su cuerpo—. La única manera de escapar de ellas es enfrentándolas.

—O evitando darles más munición para seguir murmurando —añadió cuando estuvo un par de escalones por debajo de ella.

—No busques excusas, Cassandra, atravesarás esa puerta y disfrutarás de la fiesta —le aseguró resbalando un único dedo sobre la porción de piel descubierta de su brazo—. Después de todo, si mis empleados se están divirtiendo y disfrutando de una magnífica velada es gracias a tu talento y organización.

Ella se sobresaltó, abrió los ojos como si le sorprendiese que hubiese reparado en ello y se lamió los labios con visible nerviosismo.

—Solo cumplo con mi trabajo.

—Uno que realizas a la perfección, pero esta noche no estás aquí como secretaria, sino como... —la recorrió sin disimulo alguno—, mi acompañante.

—Su secretaria, querrá decir...

Se cruzó de brazos y la miró con diversión.

—Sabes, señorita Andrews, empiezo a tomarme como algo personal el que no pronuncies mi nombre —declaró mirándola a los ojos—. Así que voy a tener que hacer algo para escucharte decirlo antes de que acabe la noche.

Sabía que sus palabras habían sonado a amenaza, lo vio en la expresión de sus ojos y no hizo otra cosa que sonreír ante ello. Tenía que admitir que le divertía ver cómo se sonrojaba, cómo sacudía la cabeza como si fuese a descoyuntársela de un momento a otro para mostrar su desconformidad. Eran aquellas pequeñas muestras de vida la que hacían que quisiera empujarla más y más, sacándola de su zona de confort para llevarla a dónde la quería, allí donde su deseo empezaría a hacerse realidad.

—No se trata de nada personal, es solo que... —Sus palabras se fueron desvaneciendo a medida que se iba acercando a ella, aproximando su rostro al suyo, invadiendo su espacio personal sin pensárselo dos veces.

—¿Qué?

Parpadeó como un búho, se echó hacia atrás, buscando escapar de su cercanía. Sus mejillas se habían sonrojado, un rubor que poco a poco se iba extendiendo por todo su rostro y cuello.

—Tus ojos... vuelven a ser... oscuros...

Sonrió ligeramente sin despegar los labios.

—Y tu piel se ruboriza... por no hablar que esas dos preciosidades que a duras penas contiene el vestido se hacen más presentes ante la rapidez de tu respiración... No es que me queje de ello, al contrario.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —Dio un paso atrás, apartándose solo para que él acertase la misma distancia, devolviéndoles a la misma posición.

—¿Hacer el qué, Cassandra?

—¡Ponerme nerviosa!

Volvió a subir un par de pasos, alejándose y girándose al mismo tiempo sobre un estrecho escalón. Estaba dispuesta a escapar de él, podía leerlo en su cuerpo, sentirlo en su sangre y escucharlo en el ahora acelerado latido de su corazón, no obstante, su rápida acción no trajo consigo el efecto que ella deseaba.

Con apenas un imperceptible movimiento de sus dedos, el tacón de uno de sus zapatos cedió y su tímida convocante perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás, directa a sus brazos.

—Oh dios mío.

—Con Axel es más que suficiente —se burló, levantándola en vilo, acomodándola en sus brazos para luego empezar a subir los restantes peldaños de la escalera con tranquila seguridad—. Bien, ¿lista para tu entrada triunfal?

El color huyó a la velocidad de la luz de su rostro.

—No, no, no... No puedes hacerlo, no puedo ir así... mi zapato...

Tan pronto pronunció la palabra sus pies terminaron cubiertos por unas finas y elegantes sandalias.

—Llevas unos tacones demasiado altos, has pisado mal y te has torcido

ligeramente el tobillo —relató con malicia—. Por suerte para ti, tu adorado jefe estaba allí y te salvó. Considérame tu caballero de brillante armadura.

—¡Eres un demonio! —Le golpeó con el pequeño bolsito de mano que aferraba entre los dedos.

—¡Al fin lo admites! —Se carcajeó sin soltarla, por el contrario, cargó con ella sin mayores problemas hacia el descansillo que llevaba al salón de la recepción.

—No, no, no... ¡No lo hagas! —Gimoteó, consciente de que él tenía toda la intención de hacerla entrar en sus brazos—. ¡Axel!

Ajá, y ahí estaba, justo a tiempo, su nombre surgiendo de esos labios pintados de rojo carmín.

—Um... y ni siquiera hemos tenido que llegar al final de la noche —ronroneó deteniéndose en el descansillo.

—Ponme en el suelo ahora mismo.

Se miraron durante unos instantes a los ojos, los de Cassandra habían adquirido un brillo de decisión que quería imponerse sobre el temor y la vergüenza que la dominaban.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacerlo?

Se lamió los labios captando su atención.

—Seré tu acompañante.

Sonrió ampliamente y dejó que su cuerpo se deslizase contra el suyo hasta que sus pies tocaron el suelo, pero no la soltó, encontraba demasiado agradable el contacto, así como su calor.

—No, *cariño*, yo seré el tuyo.

Le cogió la barbilla entre el pulgar y el índice y le dio un pícaro pellizco, solo entonces se retiró y le ofreció el brazo.

—Rompamos algunos corazones ahí dentro, mi querida secretaria.

Esos bonitos ojos chispearon al tiempo que sus labios siseaban un:

—Al demonio contigo, *jefe*.

No pudo evitarlo, soltó una carcajada, aferró su mano pegada a su brazo y prácticamente la arrastró al interior de la celebración.

## CAPÍTULO 5

Preséntate en una fiesta con alguien importante del brazo y todo el mundo dejará lo que está haciendo para prestarte atención. Aquella no era la clase de atención que Cassandra deseaba, no quería ser el centro de todos los cotilleos, ni atraer miradas que iban entre la curiosidad, pasando por la atracción al desprecio.

*¿Por qué he aceptado venir? ¿Por qué he dicho que esto es lo que quiero cuando es todo lo contrario?*

Sí, por supuesto que le apetecía asistir a esa fiesta, pero hubiese preferido hacerlo entrando por sí misma, sin un espécimen masculino de casi metro noventa y vestido de traje que atraía todas las miradas. No había que ser un genio para saber quién se encontraba detrás de aquel antifaz que se había puesto en el último momento, uno que hacía juego con el que ella misma llevaba.

Una mascarada, un disfraz, una identidad ficticia que les concedía a todos y cada uno de los presentes una excusa para fingir ser algo que no eran.

—¿Has perdido la habilidad de caminar en tacones o es que no acerté con el número de tus nuevas sandalias?

Y aquello era otro recordatorio más de algo que se estaba esforzando por olvidar, de un sin sentido que la obligaba a volver a ese momento en el salón de su casa y al estúpido libro que se había calcinado ante sus ojos. Bajó la mirada a los pies que ahora parecían envueltos en llamas rojas, unas delicadas sandalias con los mismos taconazos que solía utilizar que se adaptaban perfectamente a sus pies y estilizaban sus piernas bajo las transparentes telarañas del fondo del vestido.

—Ni lo uno ni lo otro —replicó en apenas un murmullo, levantó la cabeza y luchó por respirar a través del acelerado latido de su propio corazón.

—En ese caso, deberías caminar, ya sabes, poner un pie detrás de otro — le dijo, inclinándose sobre ella para susurrárselo al oído—. A menos que quieras que te admiren un ratito más.

—No quiero que nadie me admire —siseó en respuesta, se soltó de su brazo, apretó el bolsito entre ambas manos y avanzó hacia el interior del salón.

Su primera impresión fue que todo había quedado tal y cómo quería. La decoración era delicada y elegante, nada ostentosa y al mismo tiempo tenía ese aire de misterio propio de aquella noche, el catering había sido presentado en la mesa dispuesta para ello y los camareros se movían con soltura a lo largo del salón portando bandejas de bebidas.

El orgullo por un trabajo bien hecho la embargó, levantó ligeramente la barbilla y se relajó unos instantes. Había una gran variedad de disfraces, algunos bastante variopintos como el de un trío de mujeres disfrazadas de unicornios y otros que dejaban muy poco a la imaginación, como observó en el caso de una voluptuosa diabla cuyos pechos parecían competir en iguales condiciones que la vertiginosa raja de su falda.

Pasado el momento de curiosidad inicial, Cassandra pasó a recibir soslayadas miradas, invitadoras sonrisas y educados saludos.

Escuchó murmullos preguntándose por la repentina aparición del señor Finis y su acompañante la cual parecía ser un auténtico misterio para los presentes.

Aceptó una copa de vino de la bandeja de uno de los camareros, le dio un único sorbo y contempló el diluido líquido mientras volvía a su memoria la conversación que había escuchado aquella misma mañana.

—Es curioso como una máscara puede despertar la curiosidad de las personas, ¿no crees?

Su aliento le acarició el oído un segundo antes de notar su mano rozándole la cintura.

—Están cansados de verse todos los días, de compartir espacio de trabajo y, sin embargo, una máscara hace que hablen unos con otros como si fuesen personas totalmente diferentes —insistió. Le quitó la copa de la mano y le dio un sorbo—. Vino blanco. Prefiero el champan.

—También preferirá que la factura de la fiesta no exceda más allá de lo



que debería.

Levantó la cabeza al mismo tiempo que él la bajaba, sus ojos se encontraron y no pudo evitar estremecerse una vez más ante la visión de esos ojos color castaño que parecían oscurecerse poco a poco, adquiriendo un tono ligeramente rojo. El ribete negro del antifaz no hacía otra cosa que dotar de misterio y sensualidad esa extraña mirada.

—Deja de pensar en el trabajo, señorita Andrews, te he traído aquí para que te diviertas —rumió en voz baja—, no para que me pases en reporte de lo que cuesta cada botella de vino servida esta noche.

—Más de lo que estoy segura le gustaría pagar.

—Me gusta ser generoso con mis empleados, he descubierto que eso hace que rindan mucho mejor en el trabajo. —Le devolvió la copa—. Aunque, hasta el momento, ninguna había recurrido a las invocaciones para atraer mi atención.

—Si llego a saber que serías tú quién saldría de esa... cosa, ni siquiera hubiese comprado el libro.

—Mentirosa...

—No miento.

—Tampoco estás diciendo toda la verdad, ¿no es así? —Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y la miró—. No, no lo haces... Te reservas muchas cosas, algunas de las cuales probablemente no quieras que nunca salgan a la luz.

—Todos tenemos secretos, ¿no?

—Algunos más que otros —aceptó mirándose a sí mismo antes de volverse hacia ella con voz sarcástica—. Tú ya conoces el más íntimo de mis secretos, oigamos uno tuyo.

Sus labios se abrieron por sí solos, dispuestos a poner en palabras aquello que no quería decir en voz alta. Se llevó las manos a la boca y evitó la tentación de responder a esa sutil persuasión.

—Ni lo sueñes —replicó detrás de sus dedos.

La sonrisa que le dedicó terminó en una sonora carcajada que atrajo la atención de algunos de los presentes, de aquellos que estaban más cerca de ellos.

—Eres muy divertida, vampiresa, muy, pero que muy divertida.

Sin otro comentario, le rodeó la cintura con el brazo y la arrastró hacia él. La forma en que su menudo cuerpo reaccionaba a esa torre humana le provocó un escalofrío, le sostuvo la mirada unos instantes y estaba dispuesta a liberarse de él una vez más cuando escuchó un tono de voz conocido. Giró la cabeza, inclinándose sobre su brazo para ver a pocos metros a tres mujeres reunidas con otros tantos hombres, mientras ellos iban de *smoking* o traje, con sus identidades ocultas tras antifaces, ellas parecían sacadas de un erótico aquelarre.

Si bien sus rostros estaban cubiertos con máscaras, las lustrosas melenas y esa forma de moverse o hablar las delataban, por no mencionar que la voz que había escuchado correspondía a una de las mujeres que había escuchado en los lavabos.

—Así que son ellas.

Una de ellas era recepcionista en la primera planta y, si la memoria no le fallaba, la pelirroja trabajaba en la sección de relaciones públicas, no conocía a la tercera, pero sus voces coincidían con las de los cotilleos matutinos.

—...es una pena que no haya venido, podría haber resultado ser una velada de lo más interesante.

—¿Con el *Jefe* aquí? —Escuchó murmurar a otra, la misma que lanzó una mirada disimulada en su dirección—. Interesante no sería la palabra que yo elegiría para ello.

—¿Alguna sabe quién es la morena que le acompaña?

—¿Una de sus *amiguitas*?

—¿No estaba saliendo con una rubia despampanante? La de las piernas larguísimas.

Puso los ojos en blanco y les dio la espalda por completo, bebió el resto del contenido de su copa y la depositó sobre la bandeja de uno de los camareros que pasaba junto a ella.

—Cotilleos, el pasatiempo favorito de las mujeres.

—¿Solo de las mujeres?

La miró curioso, entonces esbozó una amplia sonrisa.

—No hay ninguna rubia despampanante con piernas kilométricas, si eso es lo que te preocupa.

Parpadeó.

—¿Por qué tendría que preocuparme algo como eso?

Se inclinó ligeramente sobre ella, ladeó la cabeza y la miró a los ojos.

—No lo sé, Cassandra, ¿por qué no me lo dices tú?

Su voz la envolvió de tal manera que se sintió mareada y se vio obligada a extender la mano y apoyarse en él.

—No... no estoy preocupada por ninguna rubia y mucho menos por la marchante de arte con la que estás negociando por ese horroroso cuadro — murmuró por decisión propia. Entonces sacudió la cabeza y lo miró—. ¿En serio quieres comprar esa monstruosidad?

—Vale mucho dinero... y por otro lado, lo necesito para joder a un amigo.

—A los amigos no se les jode.

—¿Y a las secretarias?

Sus ojos volvieron a encontrarse y sacudió la cabeza.

—No voy a convertirme en otra más de tus conquistas.

—¿Por qué no?

—Porque yo quiero ser algo más.

—¿Algo cómo qué?

Cassandra empezó a sentir cómo le faltaba el aire, su cercanía la ponía cada vez más nerviosa, le nublabla la mente y hacía que dijese cosas que no quería decir, que no deseaba que él supiese.

—No.

Apretó los labios con obstinación, las palabras burbujearon en su garganta, pero se obligó a retenerlas.

—No te lo diré, Axel Fidis, no lo haré.

Algo pasó por sus ojos, alguna fugaz emoción que no llegó a descifrar y que desestimó tan pronto como esos enigmáticos ojos volvieron a cambiar de color, adoptando ese castaño oscuro que conocía en su jefe.

—Dos veces en una misma noche, parece que soy un hombre afortunado.

Arrugó la nariz ante sus palabras.

—¿Dos veces?

—Mi nombre.

—No estaría bien visto que te llamase *gusano*, sobre todo porque en algún momento tendremos que quitarnos las máscaras y podría tener

problemas con el resto de los compañeros por insultar al jefe.

Se rió entre dientes.

—Tienes mi permiso para hacerlo, no es cómo si no me hubieses abofeteado ya.

El recordatorio le encendió el rostro.

—Prefiero seguir manteniendo el perfil bajo.

—Eso ya no es posible, mi eficiente secretaria, tienes a toda la sala pendiente de ti —aseguró echando un vistazo a su alrededor.

—Por supuesto, el jefe apareciendo con una nueva conquista del brazo.

—Ah, ¿te he conquistado, entonces?

—No, ni un poquito.

—Eres dura de pelar, vampiresa, pero yo soy un demonio con muchos recursos —declaró con tan convicción que debería haberla alertado de sus intenciones—. Vamos a bailar.

—¿Bailar? —Miró a su alrededor y señaló lo obvio—. No dijo nada de baile cuando me encargó organizar la fiesta.

—Te lo digo ahora —sentenció y tiró de ella sin más miramientos—. Quiero bailar contigo, considéralo el pago por la bofetada que me diste.

—Pero... pero...

Como si estuviesen preparados de antemano, un grupo de tres concertistas aparecieron en una esquina y arrancaron con las primeras notas de una melodía clásica.

—Axel... —tiró de él con desesperación, obligándole a detenerse y así poder susurrar llena de mortificación—. No se me da bien bailar... Tengo dos pies izquierdos, te lo juro.

Los largos dedos del hombre le rozaron la mejilla y le pellizcaron una vez más la barbilla.

—Esta noche no, Cassandra, esta noche no.

## CAPÍTULO 6

El baile no era sino una excusa que el hombre tenía para abrazar a una mujer delante de todo el mundo sin que a nadie más le importase, una manera de disfrutar de la cercanía, del contacto e incluso de la conversación, cuando se era capaz de pronunciar más de dos palabras inteligentes. Axel tenía que admitir que estaba disfrutando mucho más de lo que debía el tener a Cassandra pegada a él, de envolverla entre sus brazos y respirar ese dulce aroma tan personal de la mujer. Su recelo había estado presente en todo momento, prácticamente había tenido que arrastrarla a la improvisada pista de baile y solo se había relajado cuando había visto que no le hacía puré los pies y otras parejas se animaban a imitarles.

—De acuerdo, confiésalo, has hechizado las sandalias, ¿no?

Sonrió para sí y la hizo girar, rescatándola en el momento exacto para evitar que perdiese el equilibrio.

—Nop.

Ella arrugó la nariz, un gesto tan tierno como coqueto en esa mujer. Desde luego cuando apareció en el salón de su piso a causa de la invocación y descubrió quién era, no esperó tener tal libertad de movimiento. Había estado preparado para darle lo que quería y luego reclamar lo que ella ni siquiera sospechaba que le debía, un intercambio rápido y satisfactorio para una noche tan simbólica como esta, pero su secretaria era un hueso duro de roer.

Era la primera mujer que encontraba capaz de resistirse a su voluntad, que le ocultaba aquello que realmente deseaba y no cantaba cual pajarillo, un hecho tan sorprendente como divertido y que hacía que tuviese que esforzarse mucho más para obtener aquello que deseaba.

El día en que un convocante leyese la letra pequeña de las invocaciones

se les acabaría el chollo a los demonios, pensó con divertida ironía. Demasiadas mujeres como esa muñequita se habían lanzado a hacer hechizos sin tener la menor idea de que el convocar a un ser sobrenatural traía consigo un costo, uno que ninguna estaba dispuesta a pagar de buenas a primeras. Los humanos estaban demasiado acostumbrados a que le diesen todo hecho y además se lo diesen gratis, qué ilusos.

—Pero a mí sí se me da bien bailar, con lo que no tienes que preocuparte por nada más.

—Está claro que tú no tienes problemas de autoestima — chasqueó ella —. Tu ego se sale de la escala.

—No solo mi ego, te lo aseguro.

Sacudió la cabeza y se aferró a su hombro cuando la hizo girar otra vez antes de atraerla contra él, pegándola a su cuerpo de modo que prácticamente podía respirarla.

—No voy a preguntar.

Sonrió.

—Te sorprendería la de respuestas que obtendrías si lo hicieras.

Entrecerró los ojos durante un breve instante, entonces susurró.

—¿Cómo es posible que seas... bueno... eso?

—¿Por eso te refieres a el CEO de una gran compañía, un soltero con las cuentas saneadas o un demonio?

—Ah... ¿todo?

Sonrió ante su tono dubitativo.

—Se me dan bien los negocios, tengo instinto natural para las inversiones y no me da miedo mancharme las manos en el trabajo — resumió con sencillez—, en cuanto a lo otro... nací así.

Se sostuvieron la mirada durante unos instantes, entonces ella chasqueó.

—¿Naciste como un soltero con las cuentas saneadas?

Se rió entre dientes y se inclinó para susurrarle al oído.

—No, nací demonio.

La sintió estremecerse, pero no se apartó.

—Estamos en Halloween, sí, sin duda es la clase de conversación bizarra que podría tener en una fiesta de empresa, vestida de vampiresa y bailando con mi jefe.

—He tenido conversaciones mucho más bizarras, créeme.

—Estoy segura de que sí —aceptó y dio un pequeño traspié que la llevó a refugiarse en su pecho—. Vale, ahora sí que tengo claro que no les has hecho nada a las sandalias.

—Ya te lo dije —le recordó divertido—. ¿Y bien? ¿Qué te está pareciendo la fiesta que tú misma organizaste?

—Eso debería de preguntártelo a ti, jefe, fue orden tuya.

—Y tú, mi eficiente señorita Andrews, siempre las cumples al pie de la letra —sonrió y miró a su alrededor—. Como siempre un trabajo impecable.

—Gracias —aceptó con visible orgullo—. Todo parece haber salido tal y como estaba planeado.

—¿Y qué hay de ti? ¿Esto es lo que esperabas al asistir a la fiesta de Halloween?

—No, es mucho más —aseguró y le dedicó una sincera sonrisa que le golpeó con fuerza—. Es un... bonito sueño.

—¿Todavía empeñada en que estás dentro de un sueño?

—Hay algunas partes que las achacaría más bien a una pesadilla —aseguró completamente convencida—, lo demás... Es más fácil verlo como un sueño, saber que mañana me despertaré en mi cama, posiblemente con una resaca de mil demonios, me ducharé, vestiré y volveré a la oficina dónde te daré los buenos días. Te pondré al tanto de la agenda del día y te dejaré el café sobre la mesa sin que siquiera levantes la mirada mientras me respondes con un amable y habitual «*buenos días, señorita Andrews*».

Un resumen bastante fiel a la realidad, pensó, nunca se había molestado en levantar la mirada de lo que estaba haciendo para corresponder al saludo de su secretaria. Se limitaba a darle las gracias cuando le traía el café, a consultarle la agenda, pero nada más. Esa criatura que estaba ahora entre sus brazos llevaba meses trabajando para él y había tenido que invocarle para que se diese cuenta de la clase de alma que pululaba a su alrededor cada día.

—Tú volverás a ser el señor Fidis para mí y yo la señorita Andrews para ti, no habrá demonios, ni círculos de invocación ni libros de encantamientos —concluyó—. Todo volverá a ser... igual que siempre.

—¿Y no te gustaría que fuese distinto?

—No, si fuese distinto, ¿cómo podría convencerme de que esto no ha sido

otra cosa que un sueño?

—Pero, has dicho que no deseas volver a ser invisible.

Miró a su alrededor, a las parejas con las que se cruzaban en la pista de baile y suspiró.

—Siempre seré invisible para aquellos que no tienen interés en ver que estoy ahí —murmuró—. Míralos, ¿crees que me ven? ¿Qué nos ven a cualquiera de los dos en estos momentos? Saben quién eres tú, por supuesto, ¿cómo no saberlo? Pero yo no seré otra cosa que algo pasajero. Quería que me vieras y, me estás viendo, señor Fidis, incluso si esto es un sueño, he salido ganando.

Los últimos acordes del trío de cámara anunciaron el final de la pieza apenas unos segundos antes de que el reloj marcase la medianoche.

—Dime que quieres, Cassandra, en lo más profundo de tu alma, en lo más hondo de tu corazón, ¿cuál es tu deseo? ¿Por qué me invocaste?

—Que me vieras —respondió con una suave y dulce sonrisa—, y no has dejado de hacerlo desde el momento en que apareciste en mi salón.

«*Damas y caballeros, hemos llegado a la medianoche, ya pueden desprenderse de las máscaras y mostrar su identidad*».

Se llevó las manos a la parte posterior de la cabeza, dispuesta a desatar el lazo que sujetaba su antifaz, pero se lo impidió.

—Todavía no —la detuvo reteniendo sus dedos contra su pelo—, tu identidad es solo para mí.

Esa dulce sonrisa se extendió una vez más y asintió.

—Cómo usted diga, señor Fidis.

Entrecerró los ojos, hundió los dedos en su pelo y la atrajo hacia él.

—Cómo te gusta provocarme, señorita Andrews.

Y a él le encantaba que lo hiciera, pensó mientras probaba esos suaves, jugosos e invitantes labios.



## CAPÍTULO 7

Su beso había sido sin duda el más inesperado de los regalos de esa noche. Sentir sus labios, su lengua entrando en contacto con la suya, probar su sabor... todo ello no hacía otra cosa que contribuir a convertir aquel sueño en el mejor de su vida.

Las máscaras a su alrededor empezaron a desaparecer, incluso él se quitó la suya, pero no le dejó que ella hiciese lo mismo. Pronto un sinfín de pares de ojos volaron en su dirección, los cuchicheos se sucedieron entre las risas y los fingidos reconocimientos.

—¿Thomas? ¡Vaya! Jamás me lo habría imaginado.

—Sabía que eras tú, esa elegancia nata no puede ser ocultada.

—Con quién sí no he tenido duda es con el jefe, es inconfundible, se ponga lo que se ponga su presencia es...

—Imponente y muy sexy.

—Sí —risitas femeninas acompañaron al comentario—. Pero, ¿quién es su acompañante? No se ha quitado la máscara.

Antes de que pudiese seguir escuchando el curioso intercambio, sintió de nuevo su mano sobre la parte baja de la espalda y cómo la dirigía sin esfuerzo. Levantó la cabeza, encontrándose con su mirada, ahora libre del antifaz.

—Ahora se pasarán toda la semana tratando de averiguar quién eres —le dijo con un guiño—, vamos a tener un gran entretenimiento a su costa.

Parpadeó ante sus maliciosas palabras.

—Eres un poquito maquiavélico, ¿no? —logró murmurar en respuesta.

—¿Solo un poquito? —Bufó tremendamente divertido—. Si hubiese creído, durante un solo instante, que deseas mostrar realmente tu rostro a esas personas anónimas, te habría arrancado el antifaz yo mismo.

Parpadeó ante su franqueza.

—Dejemos que se revuelquen en su propia curiosidad, porque esta noche yo soy el único que sabe verdaderamente quién hay detrás de la máscara —le aseguró deslizando la mirada sobre su cuerpo—, y tú la que tiene toda mi atención.

Bajó la mirada no tanto por sus palabras como por el tono que imprimió en ellas. Un ligero estremecimiento la recorrió y se encontró frotándose los brazos, él era mucho más de lo que había pensado, ya no se trataba solo de que fuese su jefe, de que viviese en una esfera distinta a la suya, ni siquiera que en su sueño se hubiese aparecido como un verdadero demonio; era el hombre al que siempre había admirado en la distancia, por quién guardaba tiernos sentimientos y el último a quién quería confesárselos.

—No sé si soy merecedora de tanta dedicación —replicó en un intento por sonar graciosa—, ahí dentro has dejado algunas féminas que estarían encantadas de hacerte un favor.

—Ellas no me invocaron, tú sí.

—Por supuesto.

—Y ellas no despiertan mi curiosidad, cosa que tú sí haces.

—Suele ser la reacción que provoco habitualmente en la gente, sí.

—No, Cassandra, esa no es la reacción que sueles provocar, no les das el tiempo necesario para que esa curiosidad aparezca — declaró, poniendo en palabras una verdad absoluta—. Eres hermética, en el mejor de los casos.

—No soy hermética.

—Sí, señorita Andrews, lo eres —aseguró al tiempo que la conducía hacia una de las puertas laterales de la sala que habían permanecido cerradas. Esta se abrió bajo un simple gesto de la mano masculina y ambos cruzaron el umbral—. Te encierras en tu capullo de seguridad porque sabes que ahí dentro nadie puede llegar, a menos que tú le des la llave.

—Y tú crees tener esa llave, ¿no?

Se detuvo en seco, no le gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación, no quería que él siguiese despojándola de cada capa como si tuviese el derecho de hacerlo. Sus ojos volvieron a adquirir ese tono rojizo que esta vez solo la llevó a tragar, su corazón no podía latir ya más rápido de lo que estaba latiendo.

—Que sea un demonio no significa que se me dé bien lo de...

forzar cerraduras —replicó llevándose ambas manos a los bolsillos del pantalón, con la americana abierta su camisa se pegaba a su pecho de una forma que podía adivinar su musculatura—. De hecho, prefiero la seducción, no es tan... violenta y da mejores resultados.

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, echó un rápido vistazo a su espalda, pero la puerta que acababan de atravesar ya se había cerrado. Su única vía de escape era el largo pasillo que se extendía por detrás de él. Si mal no recordaba era una de las antiguas vías de servicio de la casa victoriana que habían alquilado para el evento.

—Me tienes miedo, ¿no es así?

La inesperada pregunta la llevó a mirarle de nuevo a la cara, sus ojos seguían teniendo ese oscuro tono que le provocaba escalofríos y que confería a su rostro esa aura oscura y peligrosa que, por loco que pareciese, también la atraía.

—Sí. —No dudó en su respuesta. Él le inspiraba miedo—. Pero no tanto como el que me tengo a mí misma.

La inesperada confesión abandonó sus labios sin poder refrenarla. Se cubrió los labios de nuevo con los dedos, sintiendo que las mejillas se le encendían, mientras maniobraba para pasar por su lado.

—Ya ha sido suficiente para una noche.

No pudo ir más allá de un par de pasos, un fuerte y pesado brazo la enlazó por la cintura, reteniéndola, girándola hacia él.

—Deja de mentir...

—No estoy mintiendo.

—No dices la verdad.

Aquello la exasperó, su cercanía la confundía, la hacía sentir y decir cosas que no quería expresar en voz alta.

—No quiero decirla...

—¿Por qué, Cassandra? —Su toque se volvió cálido, tierno incluso, su comprensión la desarmó con una facilidad que le provocó ganas de llorar.

—Porque es mía, lo único que es realmente mío, lo único que puedo conservar sin que nadie se burle de ello, lo ensucie con sus burlas o con su rechazo... —exclamó dejando que la primera de un torrente de lágrimas se

deslizase por debajo del antifaz, mojando sus mejillas—. Porque así puedo seguir soñando y nadie me hará daño.

El antifaz se disolvió de su rostro como si nunca lo hubiese cubierto un segundo antes de que los callosos pulgares barriesen la humedad de sus pestañas y le secaran las mejillas.

—Dímelo, Cassandra, dime que ocultas, que secreto guardas tan celosamente, dime cuál es el verdadero motivo por el que quieres que te vea.

Las palabras pugnaban en su garganta por llegar a su boca, por ser pronunciadas en voz alta y colgar entre ellos.

—Porque te quiero.

La confesión brotó de sus labios sin nada que la contuviese ya, el escucharse a sí misma decirlo hizo que el llanto arreciara con mayor fuerza y se llevase las manos al rostro intentando secarse las lágrimas entre balbuceos.

—No sé por qué, ni cómo pasó, el cielo sabe que no eres el más amable de los hombres, ni siquiera has coqueteado conmigo una sola vez, como lo haces con tantas mujeres —continuó, dejando que todo lo que llevaba en su interior saliese a la luz—. No me has dado pie a ello, nunca te has dado cuenta de que existo, no he sido otra cosa que un mueble más de tu oficina, alguien que te hace la jornada laboral más sencilla...

—Difícilmente puedes ser un mueble de mi oficina.

—¡No te burles! —estalló y lo apuntó con un dedo—. ¿Lo ves?

Esto es lo que no quería que sucediese, borra todas y cada una de las palabras que acabo de decir, borra esta última parte del sueño y...

—Cassandra, Cassandra —chasqueó en voz alta—, ¿qué más he de hacer para que te des cuenta de que esto no es un sueño?

Se limpió la cara como pudo, se las arregló para mirarle a la cara a pesar de la vergüenza que le provocaba enfrentarle después de todo lo que había dicho, lo que él había escuchado de sus propios labios.

—Quiero que sea un sueño, no quiero que sea realidad, quiero despertarme mañana, ir a la oficina y que tú me recibas con la misma frialdad de siempre —replicó clavando la mirada en la de él—. Quiero que mi vida sea la que era antes de que aparecieses en mi salón...

—Antes de que te mostrase aquello que puedes llegar a ser si te lo propones —concluyó él poniendo en voz alta las mismas palabras que

danzaban en su mente—, aquello que realmente quieres ser.

Sacudió la cabeza, quería negar sus palabras, pero hacerlo sería mentir.

—No tienes la menor idea de lo que quiero ser...

—Te equivocas, —declaró con voz firme, dura, matizada con ese borde oscuro que adquiría cada vez que su naturaleza demoníaca entraba en escena —, en este momento sé exactamente qué es lo que quieres ser, qué es lo que deseas por encima de todas las cosas y, si he de ser sincero, me sorprende descubrir que estoy más que dispuesto a concedértelo.

—No puedes darme aquello que no tienes, Axel.

Sonrió, esa sonrisa petulante que decía que él estaba al mando y todo lo demás podía irse al infierno.

—No, pero sí puedo darte lo que me he encontrado por el camino — declaró avanzando hacia ella. Le sujetó la barbilla con los dedos y le levantó la cabeza para que lo mirase a los ojos—, algo que posiblemente seas capaz de entender mucho mejor que yo.

Ese segundo beso fue igual y, al mismo tiempo distinto que el primero. Si el anterior la había hecho consciente de su presencia, este la hizo consciente de que el hombre, demonio o sueño que ahora la ceñía entre sus brazos, iba a hacer lo que le diese la gana, incluso derribar todas y cada una de sus defensas, si con ello conseguía arrancarle hasta el último gramo de cordura.

## CAPÍTULO 8

Axel la sintió temblar, todo su cuerpo parecía estremecerse entre sus brazos, pero no detectaba miedo en ella. Bajó la boca sobre su cuello, acariciando con la lengua ese punto exacto en el que su pulso galopaba con frenetismo antes de succionarlo con suavidad y el suave quejido que escapó de sus labios entreabiertos le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Cierra los ojos —le susurró al oído.

—¿Por qué?

Sonrió ante su pregunta, esa mujer podía convertir un breve interludio en un interminable interrogatorio si le permitía seguir adelante.

—¿No querías ir a casa?

No le dio tiempo a pensar, capturó el lóbulo de la oreja entre los dientes y lo mordisqueó provocándole un nuevo jadeo. Aprovechó el momento y su obvia atención en las sensaciones que ahora la recorrían para trasladarlos a ambos con un solo pensamiento al salón en el que se habían encontrado horas antes.

—Sí, es lo que... —Sus palabras se cortaron al mismo tiempo que se apartaba un poco de él y miraba a su alrededor con visible sorpresa—. ¿Cómo? ¿Esto es...?

—Querías volver, así que, aquí estamos.

El miedo pareció querer echar un pulso con la sorpresa, pero esta vez ella no cedió a él, lo empujó a un lado y recurrió a lo que mejor se le daba, parlotear con nerviosismo ante la situación que se le había presentado y a la que no sabía cómo enfrentarse.

—Empiezo a pensar que la excusa del sueño se me va a quedar corta, que necesitare algo más convincente, un tumor cerebral o algo así —murmuró mirando a su alrededor—. Dios, espero que eso pueda quitarse y no deje

marcas, pero, ¿en qué demonios estaba pensando para pintarrapear así el suelo? Sí, vale, mi casero se lo merece por capullo, pero si no sale, ay señor, si no sale...

—Es un sueño, ¿no es eso lo que siempre me repites? —La interrumpió, atrayendo de nuevo su atención—. En los suyos todo lo que deseas se hace realidad, inclusive el no dejar marcas en la madera.

Se llevó las manos a las caderas y lo miró con un coqueto y tierno mohín.

—¿Ahora estás de acuerdo conmigo? ¿Justo ahora?

Chasqueó la lengua y fue hacia ella.

—Te preocupas demasiado por cosas insignificantes y dejas de lado aquellas que realmente importan.

—¿Cómo cuáles?

Resbaló el dorso de la mano por su mejilla y le acarició los labios con el pulgar.

—Como este preciso momento y lo que realmente deseas — declaró buscando de nuevo sus labios, atrayendo el curvilíneo cuerpo contra el suyo y respirando su aliento—. Déjame dártelo, déjame darnos a ambos algo con lo que soñar...

Se bebió su suspiro y recibió de buen grado el peso de su cuerpo contra el suyo, una resignada rendición que sabía a gloria, una victoria que le condecía aquello que deseaba a su vez; a ella.

La sujetó contra él, maravillándose de lo bien que encajaban el uno con el otro, se deleitó en su aroma, en su tibieza y en esa candidez con la que se conducía. No era una fachada, aquella era la verdadera Cassandra, la mujer capaz de entregarse por entero a él por el simple deseo de hacerlo. Su aceptación era un regalo casi tan magnífico como el propio cuerpo que se adivinaba bajo sus manos.

La desnudó lentamente, atesoró cada una de sus reacciones, de sus besos y correspondió a ellos con los propios, alejó sus dudas con caricias, afianzó su necesidad con resolución y se entregó, como hacía siglos que no se entregaba a una pasión dulce y cálida que lo embriagaba.

El disfraz cedió fácilmente bajo sus demandas, la despojó de cada capa hasta dejarla únicamente vestida con un sencillo sujetador negro a juego con las braguitas. Los pezones se apretaban contra la tela de modo invitante,

como si desearan ser acariciados y esa piel blanca, de un nacarado parecía refulgir en contraste con la suya, mucho más oscura.

Se miraron sin hablar o quizá no fueran necesarias las palabras ya que sus ojos parecían ser capaces de decírselo todo. Resbaló una de sus manos sobre su seno derecho, le sostuvo la mirada aprendiendo cada una de sus reacciones, quedándose hipnotizado ante los breves jadeos que se abrían paso entre sus labios.

Era hermosa de una manera íntima, profunda, que corría por debajo de la piel y se asentaba en su alma y generosa, tanto que cada caricia suya parecía venir aparejada con un agradecimiento y un suspiro de alivio.

No dudó cuando ella le sonrió hechicera y buscó su boca, ni tampoco lo hizo cuando sus manos fueron voluntariamente a su chaqueta primero, luego a su camisa y finalmente al cinturón que sujetaba el pantalón. Se dejó mimar por ella, le permitió hacer todo aquello que deseaba hacer con él y fue como un manso cordero detrás de ella hasta el sofá, dónde tomó aquello que la dulce mujer le ofreció libremente.

—No me despiertes cuando el sueño haya terminado—susurró ella bajo su cuerpo, sus manos acariciándole los hombros—, y recuérdame, solo si ese es tu deseo.

Ternura, pasión, amor... ella le hizo entrega de cada una de esas emociones, lo hizo vibrar de una manera que nunca pensó posible. Él, acostumbrado a seducir, fue seducido por una mujer a la que siempre tuvo al alcance de la mano y a la que nunca vio en realidad. Había tenido que ser convocado en Halloween para descubrirla, para conocer gracias a ella el calor que solo algunos pocos afortunados podían decir poseer.

Cassandra le amó esa noche de forma pura e inocente, era un cariño tierno y cálido, algo que todavía estaba naciendo y que, si se cultivaba como merecía, podría alimentar un alma durante el resto de la eternidad, aun cuando ella ya no estuviese en esta vida para hacerlo.

No se reservó nada para sí misma, se dio por entero y le correspondió cómo debía, dándose a sí mismo hasta dónde podía, hasta dónde se atrevía, creando un vínculo indisoluble entre los dos hasta que Morfeo los reclamó.

Los primeros rayos del amanecer empezaban a filtrarse por la ventana del dormitorio, tendida boca abajo entre las arrugadas sábanas, su pálida piel



poseía el tono rosado del sueño y de los juegos compartidos, unos que habían comenzado en el salón dónde se habían encontrado al inicio de la noche para terminar aquí, en el dormitorio. Ya no había secretos para él, ninguno que no hubiese descubierto ya y, con ello llegaba el momento de reclamar aquello que venía con la invocación.

Pero, ¿cómo reclamar algo que le había sido dado libremente?

¿Cómo llevarse algo que había sido suyo incluso antes de que se presentase ante ella? La brillante alma de esa mujer le pertenecía desde el momento en que su dulce secretaria puso los ojos sobre él y decidió que su corazón era suyo, se había dado a sí misma en silencio, en cada palabra, en cada gesto aún si nunca lo había tenido en cuenta. Un amor invisible, una pasión refrenada que solo había salido a la luz a raíz de lo que, para ella, solo era un sueño.

Se sentó en el borde de la cama, estiró el brazo y le acarició la melena, le apartó el pelo del rostro para poder contemplar de nuevo esas facciones dulces y serenas.

—¿Por qué nadie lee la letra pequeña de los hechizos? — murmuró poniendo en voz alta lo que su mente ya había cavilado.

Toda magia conlleva un costo, especialmente para aquel que la convoca y a menudo suele ser la apropiación o posesión de un alma—. No puedo llevarme algo que ya es mío, tú misma lo dijiste aún si tus palabras se referían a otra cosa.

Ladeó la cabeza y la miró como si aquella fuese la primera vez que la veía, cómo si no fuese a verla de nuevo en unas cuantas horas entrando en su oficina, vestida de nuevo con esa coraza, lista para enfrentarse a su jornada de trabajo mientras mantenía bien seguros y ocultos sus sentimientos.

—Pero... por supuesto...

Sus labios se estiraron por sí solos, los colmillos que no le había mostrado sino la noche anterior asomaron y sucumbió a la tentación de acariciarse uno de ellos con la punta de la lengua.

—Todavía hay algo que puedo llevarme...

No era lo habitual, pero un trato era un trato y su sangre así lo había marcado cuando hizo la invocación. Aquellas eran las normas y no podían ser rotas, estaban grabadas en su raza, en su sangre, él debía obtener algo de ella,

algo importante, que formase parte de su esencia y que no hubiese sido suyo ya.

Su sonrisa se ensanchó, aquello era simplemente perfecto, casi tan bueno como el haberse apropiado de su alma. No, era incluso mejor, algo qué, si jugaba bien sus cartas, le reportaría más de una satisfacción y él era un gran jugador.

Resbaló los dedos sobre su mejilla, se inclinó y le susurró al oído a sabiendas de que ella no recordaría sus palabras, ni siquiera recordaría la velada que ambos habían compartido pues ese había sido el deseo que habitaba en su corazón. Cassandra había deseado ser arropada, querida y amada en un sueño, quería que alguien la viese realmente y ese alguien siempre sería él; su jefe.

—La veré en mi oficina, señorita Andrews —le besó el pálido rostro—, se lo prometo.

## CAPÍTULO 9

Cassandra agradecía el haber tenido un festivo de por medio, su propia celebración de Halloween la había dejado tan vapuleada que había sido un milagro que hubiese podido levantarse de la cama el día anterior. Se había despertado con tal dolor de cabeza que pensó que alguien se la había volatilizado, el culpable, lo supo en el momento en que se arrastró hasta el salón, era la botella de vino que había descorchado y su poca tolerancia al alcohol. Tenía que haber bebido hasta perder el sentido pues tenía bastantes problemas para recordar esa noche con claridad. Recordaba haber llegado a casa, haberse preparado una bañera con sales y sumergirse con una copa de vino blanco en la mano; obviamente la botella tenía que haber estado cerca.

La conversación que había escuchado en los baños de la empresa la había hecho replantearse el asistir a la celebración de la noche, la decepción no era sino otra muesca en el largo camino del desencanto. Escuchar de boca de compañeros de trabajo lo que pensaban de ella le había molestado más que dolido; ninguno la conocía realmente, ¿qué derecho tenían a opinar?

Lo que ahora veía como una anécdota más sin importancia, debió haber adquirido proporciones épicas para que hubiese vaciado la botella y se hubiese pasado todo el día anterior como si acabase de despertarse de un sueño que no acababa de recordar con claridad.

Consultó su reloj y se apresuró a cruzar el pasillo hacia el ascensor que ya empezaba a cerrarse, llegó justo a tiempo de colarse entre las puertas, frenar sobre sus elevados tacones y evitar así chocar con el rebaño que ya se daba cita en el interior del cubículo.

—Buenos días —murmuró su habitual saludo y, como cada día, la gente continuó con sus conversaciones ignorando su presencia.

—¿Qué tal estuvo la fiesta? —Escuchó a alguien por detrás de ella—. Me

hubiese gustado asistir, pero me fue imposible cambiar los planes.

—Brutal —respondió alguien más—. El Jefe apareció de pronto con una mujer despampanante, de hecho, no se separó de ella en todo el tiempo que estuvo en la fiesta.

El comentario hizo que prestase atención a sus palabras, si bien no era la primera vez que le conocían una nueva conquista al CEO de la empresa, había algo en el relato que despertó su curiosidad.

—¿Quién era? ¿Alguien conocido?

—Hubo mucha especulación sobre la identidad de la mujer.

Lydia, de Recursos Humanos, estaba convencida de que es alguien de la empresa —continuaron los murmullos—. Dijo que se le hacía conocida, pero no llegó a descubrir quién era.

—¿Tan bueno era su disfraz?

—Iba vestida de vampiresa, un disfraz bastante sencillo, aunque le sentaba como un guante —aseguró la primera voz con un resoplido—. Te lo juro, envidié esas curvas...

—¿Estáis hablando de la desconocida de la fiesta? ¿La chica del jefe? —Se metió entonces uno de los hombres presentes en el ascensor—. Prácticamente desapareció tras las campanadas, como Cenicienta. Y no fue la única, Fidis se esfumó también... ya me entendéis.

El ascensor eligió ese momento para detenerse en una de las plantas, descendieron un par de personas y las puertas volvieron a cerrarse para continuar su ascenso. La conversación siguió durante todo el trayecto hasta el último piso al que se dirigía Cassandra y, durante todo ese tiempo, tuvo la sensación de que se le escapaba algo. Era como si la conversación que mantenían sobre lo ocurrido durante la fiesta quisiera despertar algo en su mente, como si le llamase la atención sobre algo.

Sacudió la cabeza y aprovechó el último tramo de subida para comprobar su aspecto en el espejo del cubículo. Vestida como cada día con su traje de chaqueta, blusa y falda, con un impecable y discreto maquillaje y el pelo recogido pulcramente, era el típico retrato de la eficiencia y la seriedad de una secretaria de dirección.

Salió al pasillo tan pronto se abrieron las puertas, fue directa a la cafetera que había al final del mismo y preparó rápidamente la bebida de cada mañana

para su jefe.

—¿Y el azúcar? —musitó buscando entre los papelitos dispuestos en varios tarros hasta dar con él—. Se está terminando el azúcar moreno, tendré que bajar a la hora del almuerzo a buscar más.

Con el bolso al hombro, el maletín en una mano y la taza de humeante en la otra, hizo una breve parada en su mesa, dejó sus cosas, se metió la Tablet con la agenda bajo el brazo y se dirigió hacia la puerta de doble hoja que permanecía cerrada al final del pasillo.

Aquellos eran los dominios de Axel Fidis, el CEO de la compañía en la que llevaba trabajando ya varios meses, un hombre al que veía todos los días y cuya visión siempre le provocaba mariposas en el estómago.

Llamó suavemente a la puerta y entró, como de costumbre él estaba vestido de traje, con la mirada puesta en unos cuantos papeles y el dispositivo telefónico inalámbrico pegado a la oreja.

—Buenos días, señor Fidis —lo saludó como hacía cada mañana.

Dejó la taza en la esquina de la mesa y dio un paso atrás lista para presentarle la agenda del día en cuanto él se desocupase.

—Sí... ya te he dicho que sí, solo hazlo...

Ni siquiera levantó la cabeza, nunca lo hacía, nunca se tomaba un instante para mirarla, solo escuchaba sus palabras y asentía para luego despacharla con un gesto.

—Para eso te pago —lo escuchó chasquear un segundo antes de despedirse de su interlocutor y sacarse el aparato del oído para dejarlo sobre la mesa. Extendió la mano y cogió la taza acercándosela a la boca—. ¿Esto tiene azúcar?

—Sí, señor, moreno, cómo siempre.

Asintió y, para su sorpresa levantó la cabeza, mirándola directamente a los ojos.

—Gracias, Cassandra.

El escuchar su nombre de pila en sus labios le provocó un inesperado cosquilleo en el estómago, se le secó la boca y se quedó durante unos segundos sin saber que decir al respecto.

—No... no hay de qué, señor Fidis.

Bajó la mirada un poco azorada por esa repentina atención, solo se

aventuró a echar un vistazo a través de las pestañas cuando lo vio llevarse la taza a los labios y dar un sorbo a su bebida antes de volver a depositarla sobre la mesa.

—Siempre tan formal, señorita Andrews.

Arrugó la nariz y levantó la cabeza, no estaba segura de si le había dicho algo.

—¿Disculpe?

Él se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla, cruzando las manos delante de sí y mirándola con una atención que la desconcertó y, al mismo tiempo, le provocó una extraña sensación de *dèjàvi*.

«¿*Cuál es tu deseo, Cassandra?*».

Sacudió la cabeza ante lo que parecía ser un eco lejano, una frase pronunciada en algún otro momento.

—¿La agenda para hoy?

—Oh, sí... bien... —recuperó la tableta y la encendió para luego quedarse de nuevo en blanco. Levantó la cabeza y volvió a encontrarse con su mirada.

—¿Ocurre alguna cosa, señorita Andrews?

Empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo. Esa mirada, esa firma de mirarla era... era... ¿Por qué tenía la extraña sensación de que ya había sentido esa sensación con anterioridad?

—No, lo siento, es solo que...

—¿Sí? —Se inclinó hacia delante, cruzando ahora las manos sobre el escritorio, dedicándole toda su atención.

¿*Solo qué, Cassandra?* Se dijo a sí misma. Se llevó la mano a la frente y se la frotó, de repente empezaba a dolerle las sienes. Era como si hubiese algo, como si debiese recordar algo, pero... ¿Qué?

¿Qué demonios...?

*Demonio.*

*Un círculo de invocación.*

*Un libro de hechizos.*

*Y su jefe en medio del salón de su casa.*

Levantó la cabeza de golpe y se encontró con esos ojos que poco a poco iban oscureciéndose, adquiriendo un tono rojizo.

—Axel.

Sus labios se estiraron lentamente hasta componer una amplia y traviesa sonrisa.

—Bien, mi querida secretaria —ronroneó con ese tono de voz que le provocaba escalofríos, unos de lo más placenteros—, ahora que por fin te veo, ¿cuál es la agenda que tenemos para hoy?

Todo lo ocurrido la noche de Halloween pasó por su cabeza a la velocidad de la luz, recordó cada uno de los minutos que pasó al lado de ese hombre, de ese «demonio», cada una de sus jugarretas, de sus trucos y las caricias compartidas.

Se llevó las manos a las caderas, entrecerró los ojos y resopló.

—Tú... tú... tú... —Estalló—. ¡Al demonio contigo!

Su respuesta fue echarse a reír, se levantó dejando la silla dando vueltas y rodeó el escritorio para atraparla entre sus brazos.

—Mi dulce y tierna, secretaria —le acarició la nariz con la propia—. Ahora que te he visto, no hay manera de que me conforme solo con sueños, te necesito en mi realidad.

—Eres un...

—Un demonio que ha comprendido que te tenía incluso antes de que hicieses ese horrible círculo de invocación en el suelo de tu salón —resumió con diversión—, y un hombre que se ha dado cuenta de la suerte que tiene al levantar la cabeza y ver la dulce mujer que tiene ante él, una que se las ha ingeniado para robarle poco a poco el corazón.

—Mi círculo de invocación no era horrible.

—Un niño de primaria dibuja mejor que tú.

Entrecerró los ojos y resopló llevándose las manos a las caderas.

—¿Crees que esa es la mejor manera de conquistar a una mujer?

Sonrió con esa petulancia tan característica en él.

—No, señorita Andrews, la mejor manera es y siempre será esta.

—La giró en sus brazos, haciéndola caer hacia atrás de modo teatrero y la besó hasta dejarla sin aliento—. Sí, no hay nada igual, Cassandra, nada igual.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Al demonio contigo, jefe —musitó rodeándole el cuello con los brazos—. Al demonio contigo.

## Epílogo

—Buenos días, señorita Andrews, ¿qué tal el fin de semana?

—Estupendo, como siempre, Josua, gracias.

Cassandra avanzó a paso firme hacia el ascensor y tuvo que correr los últimos metros cuando las puertas se cerraban. Una mano tuvo el acierto de apretar el botón que retenía las puertas permitiéndole así entrar con comodidad.

—Buenos días, Cassandra, ¿subes?

Sonrió a una de las chicas de la planta de Recursos Humanos y asintió.

—¿Qué tal terminó la despedida de soltera? —Le preguntó, la chica había celebrado la fiesta el sábado y la había invitado, aunque no había podido quedarse hasta el final.

—Sabiendo cómo empezó, creo que te harás una idea de cómo terminó —le dedicó un guiño y un rápido arqueado de cejas ante lo que ambas se rieron—. Fue genial, aunque ahora es cuando empiezo a ponerme de los nervios, ¡me caso en menos de una semana!

—No dejaremos que te escapes —correspondió a su guiño y se hizo a un lado para dejar pasar a las personas que se bajaban en esa planta, a las que saludó con una sonrisa.

Las puertas del ascensor volvieron a cerrarse y las personas que todavía continuaban en su interior se reacomodaron.

—Cassie, ¿sabes si el jefe hoy tendrá tiempo para echarle un vistazo al proyecto de Stevenson?

La pregunta fue casi un murmullo, pero aquel era el tono de voz del jefe del departamento de publicidad, una que contrastaba estrepitosamente con el hombretón que la poseía. Su aspecto bruto hacía que diese una impresión totalmente distinta al oso de peluche que era en realidad. Su esposa,



Margerite, era todo lo contrario que él, una cosa diminuta pero con la fiera de un león, trabajaban juntos y era un tándem endiabladamente bueno.

—Tiene un hueco en su agenda antes del almuerzo, sube entonces y te colaré en la oficina —le dijo en tono confidencial, aunque aquello era algo que ya había acordado el día anterior con su jefe. Axel quería dejar terminados todos los pendientes antes de la celebración de Halloween.

—Eres un ángel —aseguró lleno de gratitud.

Sonrió, no pudo evitarlo, esa misma mañana había recogido su disfraz y no podía estar más lejos de esa visión que todos parecían tener de ella.

El ascensor continuó haciendo paradas, vaciando poco a poco el cubículo hasta que solo quedó ella para subir a la última planta. Fiel a su ritual, preparó el café de la mañana, dejó el bolso y el portafolios en la mesa de su oficina y cogió la Tablet con la agenda. Llamó con los nudillos y entró directamente en la oficina. Su jefe estaba sentado detrás de su escritorio, garabateando en los papeles que tenía delante mientras asentía como si su interlocutor telefónico pudiese verle.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días, Cassandra —la saludó levantando la mirada y dedicándole un guiño cómplice antes de señalar el auricular pegado a su oreja —. Sí, estoy totalmente de acuerdo, señor Sakamoto. Espero verle en la fiesta de Halloween. *Arigató Gozaimasu.*

Asintió de nuevo a la respuesta del japonés con el que llevaba intentando cerrar un trato desde hacía casi una semana y se sacó el auricular.

—Si ese proyecto no fuese tan condenadamente bueno para la compañía, lo mandaría a paseo.

Sonrió en respuesta y dejó la taza de café sobre la esquina libre del escritorio, encendió la Tablet y señaló los papeles que había estado garabateando con un gesto de la barbilla.

—¿Están listos?

—Sí —aceptó, recogiendo todos, metiéndolos de nuevo en la carpeta que descansaba a su lado y entregándoselos. Cogió el café, aspiró su aroma y gimió de deleite—. ¿Tiene azúcar?

Asintió mientras bajaba la mirada sobre la pantalla y empezaba a abrir ventanas.

—Robert quiere que veas el proyecto de Stevenson antes de que huyas por la puerta.

Esos ojos castaños la miraron por encima del borde de la taza, su calor la alcanzó como un certero dardo que da en la diana y tuvo que obligarse a concentrarse en lo que tenía entre manos.

—Y supongo que tú, mi dulce y eficiente secretaria, le has dicho que sí.

Bajó el dispositivo y sonrió beatíficamente.

—Por supuesto, jefe.

—Y luego me llaman demonio a mí —chasqueó, dejó la taza de nuevo sobre el escritorio y se levantó—. Eso es porque no te conocen realmente, no te ven cómo te veo yo, señorita Andrews.

—Um, ¿y cómo se supone que me ve usted, señor Fidis?

Sus labios se estiraron poco a poco, sus ojos adoptaron ese tono rojizo que evidenciaba la verdadera naturaleza de su jefe, una a la que se había acostumbrado, a la que ya no temía y la ponía inmensamente caliente... como todo en él.

De pie, uno frente al otro, se sentía como siempre intimidada por su estatura, pero también protegida.

—Como ningún otro podría, Cassandra, cómo solo un hombre y demonio enamorado de una mujer te miraría.

Sus palabras la derriten, como lo llevaban haciendo todo ese último año, un largo periodo de tiempo en el que su vida había cambiado por completo. Invocarle aquella noche podía haber sido un auténtico desastre, pero incluso los desastres traen consigo algo bueno, la oportunidad de renacer y ser aquello que siempre había querido ser.

No diría que el cambio se había producido de la noche a la mañana, oh, no, este había sido paulatino, sutil, el ganar la confianza en sí misma y arriesgarle le había llevado tiempo, pero el esfuerzo había merecido la pena. Había hecho nuevos amigos, solía salir a cenar o a comer con los compañeros de trabajo —eso si su jefe no la quería completamente para él—, aquellos que no la habían visto empezaron a reparar no solo en su presencia, sino que se dieron la oportunidad para conocerla, como lo había hecho el hombre que la rodeaba con sus brazos.

—¿Eso quiere decir que por fin vas a devolverme mi alma?

Esa petulante sonrisa burbujeó en su mirada.

—Ni lo sueñe, señorita Andrews, ¿tiene usted idea de lo mucho que me ha costado conseguirla? —chasqueó con afectada seriedad—.

No, esa alma es toda mía, aunque estoy dispuesto a hacer un trueque, solo por usted.

—Un trueque. —Dejó la Tablet sobre el escritorio y resbaló los brazos alrededor de su cuello—. Eso suena interesante, ¿de qué estaríamos hablando exactamente, señor Fidis?

—Pues veré, he pensado que, ya que yo poseo su alma y su corazón, usted debería poseer los míos —aseguró con gesto pensativo—. Por supuesto, con una condición.

—Ah, ¿ahora nos andamos con condiciones? —se burló—. Es usted un demonio, señor Fidis.

—Sí, amor mío, hasta la médula —aseguró inclinándose sobre sus labios—, pero estoy seguro de que te gustarán mi única condición.

—¿Cuál es?

—Que tendrás que cuidar de ellos, como yo cuido de los tuyos, Cassandra —Le rozó la mejilla con los nudillos, mirando sus ojos mientras hablaba—. Y tendrás que hacerlo por toda la eternidad.

—Um, acepto esa condición —susurró acercándose a su boca—, ¿dónde tengo que firmar?

—Aquí. —Se lamió los labios, acortando la distancia que los separaba—. Siempre aquí, amor mío.

Se besaron despacio, reconociéndose el uno al otro, sabiendo que en ese contrato no era necesario leer la letra pequeña porque jamás lo romperían.